

gos de nuestra antigua Compañía, que lo seais actualmente, ó que lo podais ser, si alguna vez hemos sido tan dichosos que háyamos podido hacer algunos servicios á los reinos y á las ciudades, si en alguna cosa hemos contribuido al bien de la cristiandad, ya sea predicando la palabra divina, ya catequizando ó instruyendo á la juventud, ó ya visitando los enfermos y encarcelados, ó componiendo libros edificantes (aunque en nuestra situacion actual tenemos muchos favores que pedir): os rogamos, con las mas vivas instancias, que cese entre nosotros todo recuerdo y queja amarga y poco respetuosa á la memoria de Clemente XIV, gefe soberano de la Iglesia."

De este modo, en todos los puntos del globo, por el testimonio general, consta que los Jesuitas no se resistieron á la arbitrariedad que los desterraba de sus misiones, y que los despojaba de sus bienes; y al sacrificarlos á una paz imposible, no maldijeron á la Santa Sede. No lucharon contra el poder temporal, y se sometieron con la mas dolorosa resignacion al breve de Clemente XIV. Nadie les oyó protestar ni con dudas, ni con reconvenciones, ni con ultrajes. La historia debe hacer constar esta obediencia que honra á la vez á la cátedra apostólica y á la Compañía de Jesus.

Ya hemos referido cómo y de qué manera fué destruido el instituto fundado por S. Ignacio de Loyola. Al fin, ha llegado á esclarecerse esta cuestion por tan largo tiempo controvertida, y á esclarecerse con documentos emanados de los mismos que conspiraron para resolverla. Nuestra tarea se ha reducido á estudiar el acontecimiento de la destruccion de los Jesuitas y á escudriñar el reinado de Clemente XIV. Hele aqui tal como aparece con sus concesiones arrancadas por el terror ó por la adulacion. Los hombres que, ayudados de sus audaces sofismas y sueños impíos, quieren siempre llevar la perturbacion en la fé, en las cosas y en las ideas, se han empeñado y se obstinan aun en elevar al papa, destructor de los Jesuitas, sobre un pedestal gigantesco. Le han presentado como venerable, santo, inmortal, sin tacha, y fundador de un imaginario pontificado civil y moderno. Esta mentida apoteosis sufre la revision de la historia. A la justicia y á la verdad se debía una satisfaccion; y esta satisfaccion se ha dado.

Para terminar nuestro trabajo, solo nos resta seguir á los padres de la Compañía en su dispersion.



CAPITULO VI.

Confusion de ideas despues de la destruccion de los Jesuitas.—El cardenal Pacea y el protestante Leopoldo Ranke.—Situacion moral de la Compañía.—Los santos y los venerables.—Los padres Wiltz, Cayron y Pépé.—El parlamento de Tolosa y el P. Sorane.—Las ciudades de Soleura y de Tivoli elevan una estatua á dos Jesuitas.—María Teresa y el Padre Delfini.—El Padre Parhamer funda una casa para huérfanos de militares.—El Padre de Mattéis en Nápoles.—Los Jesuitas nombrados por los obispos del Nuevo Mundo, como visitadores de las diócesis.—Los Jesuitas en presencia de los misioneros sus sucesores.—Testimonio de Mr. Perrin.—Busson y Gibeau.—El cardenal de Bernis, y el caballero de Saint-Priest.—Los Jesuitas vuelven á Cayena bajo los auspicios del rey de Francia y del papa.—Los Jesuitas predicadores en Europa.—El padre Duplessis y los obispos.—El padre Beauregard en Nuestra Señora de Paris.—Su profecía.—Cólera de los filósofos.—El jubileo de 1775.—Reaccion religiosa en el pueblo.—Los filósofos y los parlamentos hacen responsable de ella á los Jesuitas.—El padre Nolhac en el estanque helado de Aviñon.—El padre Lanfant.—Los Jesuitas en las jornadas del 2 y 3 de Septiembre de 1792.—Los Jesuitas españoles durante la peste de Andalucía.—Los Jesuitas obispos.—Los Jesuitas matemáticos, astrónomos y geómetras.—Sus misiones científicas.—Sus útiles trabajos.—Los Jesuitas al frente de los seminarios y colegios.—Los Jesuitas en el mundo.—Su educacion.—Boscovich llamado á Paris.—Poczobut á Vilna.—Hell á Viena.—Liesganig á Lemberg.—El Hermano Zavala, médico.—Ekel, numismático.—Requeno y el telégrafo.—El padre Lazeri, examinador de los obispos.—Los Jesuitas proscritos y teólogos del papa.—Los Jesuitas historiadores y filósofos. Feller en Bélgica.—Zaccaria dirige los estudios de los nuncios apostólicos.—Los Jesuitas ascetas.—Berthier y Brotier.—Freron y Geoffroy.—Los Jesuitas predicadores.—Miguel Denis y sus poesías alemanas.—Berault-Bercastel y Guerin du Rocher.—Ligny y Narusewicz.—Schwartz y Masdeu.—Jesuitas ilustres por su nacimiento.—Conclusion.

Los Jesuitas ya no existian como congregacion religiosa. No es este el lugar ni la ocasion de examinar si su extincion, solicitada en nombre de la fe, de la moral, de la educacion pública, de las liber-

BIBLIOTECA CENTRAL

tades de la Iglesia, y de la salvacion de las monarquías, ha hecho á los pueblos mas católicos, a los hombres mas virtuosos, á la juventud mas inclinada al estudio que al vicio, al papa y á los obispos mas libres, á los príncipes mas dichosos y tranquilos sobre sus tronos, y á los diferentes países del mundo mas felices. A nadie tendríamos que preguntar si la aurora de los bellos días, prometida á la tierra con la supresion del instituto de Loyola, se ha ó no transformado en las mas densas tinieblas, en desórdenes intelectuales los mas palpables, y en depravacion y crímenes tales como los que desde hace largo tiempo llenan de horror al mundo civilizado.

No fué para preservar la religion y la monarquía de los ataques del jesuitismo para lo que se coligaron los parlamentos de Francia y los ministros de España y de Portugal. Veinte años despues, dia por dia, la república francesa, por el órgano de su convencion nacional, inspiraba á las masas, bajo pena de ser guillotinas, la completa negacion de todo culto y el olvido de toda idea religiosa y monárquica. Desde lo alto del suplicio en donde corria á grandes torrentes la sangre de los reyes, mezclada con la del sacerdocio, y con la de la nobleza y el pueblo, la república francesa agitaba en alto grado las pasiones todas; las deificaba para hacerse de ellas un instrumento de poder, y las sujetaba, en fin, cuando sus victimas se avergonzaron de aceptar su grosera esclavitud. Los corruptores de la juventud ya no podia enseñar, y por un fenómeno inesplicable, esa misma juventud se mostraba mas corrompida que nunca. Ya no existian los perturbadores del reposo público, y al mismo tiempo la tea de la discordia envolvía en sus estragos á la Iglesia y al Estado, y penetraba hasta en el hogar doméstico. Ya no habia teólogos como los del siglo XVI que disertasen sobre el regicidio y la tiranizacion, y el regicidio y la tiranía llegaron á ser un acto de civismo y de moralidad revolucionaria. Ya no existian Jesuitas que legitimasen los atentados sociales, y sin embargo se veía al crimen convertido en ley, y los derechos de familia puestos en tela de juicio como los de propiedad. Ya no fomentaban los Jesuitas las intestinas divisiones entre los reyes y sus súbditos, y á pesar de eso, guerras sin objeto y sin fin cubrieron el mundo entero de desolacion, de ruinas, de sangre.....

No tenemos que especificar esta confusion de principios y de ideas; harto sabida es. Los Jesuitas hubieran podido combatirla, no les fué dado el hacerlo; el mal ya se hizo superior á todo remedio humano, puesto que tuvo su origen en la corrupcion y debilidad de los príncipes. Lo que importa á la historia de la Compañía de Jesus, es demostrar si los enemigos de la religion y de las monarquías, al atacar á los discipulos de S. Ignacio de Loyola, conocieron perfectamente la tendencia y resultado de sus esfuerzos. La unidad en la enseñanza era un obstáculo real á los proyectos con-

cebidos: se minó esta unidad por su base, y cuando en 1786 el cardenal Pacca entró á desempeñar la nunciatura de Colonia, ya encontró madura la revolución. He aquí los términos con que describe las consecuencias de la destruccion de los Jesuitas: "Poco á poco, dice (1), los buenos alemanes fueron perdiendo el respeto que tenían hácia el clero, la Santa Sede y la disciplina de la Iglesia. Mientras que subsistió la Compañía de Jesus, que tenía muchos colegios en las universidades, y escuelas públicas en diferentes pueblos, tales máximas erróneas encontraron siempre oposicion, y el mal no hizo grandes adelantos; pero la supresion de la Compañía, que tan bien habia merecido de la religion, unida á los progresos de las sociedades secretas, causó á la religion católica pérdidas inmensas. Se rompieron todos los diques, y un desbordado torrente de libros perversos é irreligiosos inundó la Alemania."

El historiador protestante, Leopoldo Ranke es de la misma opinion: "La extincion de esta Sociedad, dice (2), de un solo golpe, y sin preparacion, de esta Sociedad que fundó su principal arma en la instruccion de la juventud, debia necesariamente conmover al mundo católico desde los hondos cimientos hasta su esfera, donde se forman las nuevas generaciones." El azote se habia desarrollado. Hemos visto lo que hicieron los Jesuitas como corporacion para contener su estrago; ya no nos resta sino demostrar lo que su infatigable celo les permitió emprender, á pesar de su aislamiento imprevisto. En medio de los inconvenientes de la dispersion, sus individuos adoptaron aun los medios de hacerse útiles á la fé católica con su piedad, á la Iglesia con sus virtudes ó con su elocuencia, y á las ciencias y bellas letras con sus eruditos trabajos.

Cuando sucumbió el instituto, encerraba en su seno muchos padres que en nada habian degenerado. Se encontraba tan floreciente como en los mas bellos tiempos de su historia (3). La modera-

(1) *Mémoires historiques du Cardinal Pacca*, traduits par l'abbé Sionnet, pag. 13.

(2) *Histoire de la papauté*, t. IV, p. 500.

(3) La Sociedad de Jesus cuenta entre sus individuos diez santos, un beato y gran número de venerables. Los santos canonizados por la Iglesia son: Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Francisco de Borja, Francisco Regis, Francisco de Gerónimo, Luis Gonzaga, Estanislao de Koiska, y los tres mártires japoneses Pablo Miki, Juan de Gotto y Santiago Kisai. El beato se llama Alfonso Rodriguez.

Se llama *venerable* en el sentido estricto de esta calificacion, á aquel cuyas virtudes heroicas han sido declaradas ó aprobado su martirio por la congregacion general de ritos, en asamblea general, celebrada delante del papa. En sentido mas lato, se atribuye esta denominacion á aquellos que tienen entablada su causa de beatificacion. Los venerables declarados tales, en sentido estricto, son los mártires Andrés Bobola, Ignacio Acebedo, y sus treinta y nueve compañeros, Rodolfo Aquaviva y sus cuatro compañeros. Los venerables no mártires son: Pedro Canisio, José Anchieta, Bernardino Realini, Luis du Pont, Pedro Claver y Juan Berkman. Entre los venerables, cuya causa se sigue,

BIBLIOTECA CENTRAL

cion en los espíritus habia producido la moderacion en las máximas. La Compañía de Jesus se habia disciplinado á sí misma; vigilaba con mas esmero que nunca sobre las doctrinas emitidas por sus teólogos; se hacia una ley de la caridad sacerdotal para con sus polemistas; vivia con los obispos en la mas cordial fraternidad, y jamas se habia mostrado mas separada de los negocios seculares ó políticos. Habia conocido que en presencia del desbordamiento de vicios que la filosofía acogia bajo su proteccion, los maestros del pueblo debian los primeros dar el ejemplo de pureza de costumbres. El pasado llegó á ser, para los Jesuitas, una garantia del porvenir, y el número de padres que glorificaron á la Sociedad por su celo apostólico y por sus talentos, no era menor que el de otros tiempos.

En el espacio de algunos años, la muerte habia arrebatado al instituto á varios hombres que dejaron sobre la tierra permanentes y largos recuerdos. Pedro Wiltz en 1749, Jacinto Ferreri en 1750, Jacobo Sanvitali en 1753, Juan Cayron en 1754, Juan de Santiago y Onofre Paradisi en 1761, Camilo Paccetti en 1764, y Francisco Pópé, orador de los Lazzaroni en 1769, habian hecho grandes bienes á la religion con sus obras. Su muerte santificó á la humanidad. Estos perpetuaron en Alemania, en Italia y en Francia el celo de los Javieres y de los Regis. Fueron el consuelo viviente de los pobres; pero en sus últimos momentos, tambien los ricos, los poderosos de este mundo los llamaban á su lecho de muerte, y Benédicito XIV espiró santamente en los brazos del padre Francisco Pópé. La supresion de la Orden no atenuó en nada estos homenajes que la virtud arrancaba al siglo XVIII. Se habia destruido á la Compañía; pero ésta seguia aun amada y venerada en sus miembros. En Tolosa se vió, en 1784, al parlamento de Langüedoc reunirse para dar su último decreto contra los Jesuitas. Este tribunal judiciario se asoció á todas las actas de los demas parlamentos; pero algunos años despues ya no es de esto de lo que se ocupa. El Jesuita Juan Serane, el amigo de los pobres, acababa de sucumbir victima de su ardiente y caritativo celo, y ese mismo parlamento dispone que el discípulo de S. Ignacio sea con toda solem-

pero cuyo martirio ó virtudes heróicas aun no han sido reconocidas se encuentra Conzalo Silveira, Juan Sanvittores, Carlos Spinola, Mastrilli, Viera, Pongratz, Groczki, Juan de Britto, Roberto Bellarmino, Vicente Caraffa, Luis de Lanuza, Andres Oviedo, Juan de Allosa, Castillo, Padial, Luzaghi, Baldinucci y José Pignatelli. Pignatelli es el último eslabon de esta no interrumpida cadena que se remonta hasta Loyola.

Hemos indicado tan solo aquellos sobre los cuales la congregacion de ritos aun conserva documentos. Hay otros, cuyo proceso se ha instruido, aunque no consta en los archivos de la congregacion. Tales son los venerables Juan Sebastiani, Julian Maunoir, el Maronita Francisco Jorje, Bernardo Colnado y otros muchos.

nidad enterrado en la Iglesia de Nazaret de esa ciudad, y el mismo dia, en presencia del cadáver bendecido por una voz general, la autoridad eclesiástica diocesana da principio á las informaciones jurídicas para la beatificacion del padre. En los cantones suizos, así como á las puertas de Roma, la muerte de cada miembro del instituto lleva consigo el luto y las alabanzas. El 1.º de Noviembre de 1769, los consejeros de Soleura inscriben en sus registros el nombre del padre Crollalanza; enumeran los grandes servicios hechos por él á la antigua Helvecia, y elevan finalmente una estatua á su humildad (1). En Tivoli, en 1802, el senado erige otra en la sala de sus deliberaciones al padre Saracinelli. Bautista Faure merece igual honra en Viterbo; César de Cordara en Alejandria, y el rey Poniatowski hizo acuñar una medalla en Varsovia en honor del P. Kanouski. Los Jesuitas expulsados de España se dedicaron al servicio de la indigencia en muchas ciudades de Italia, las cuales admiraron su caridad, celebraron sus talentos, y el nombre del hermano Manuel Ciorruga, los de los Padres Sala, Mariano Rodriguez, Pedralbes, Márquez, Salazar y Panna, aun son allí pronunciados con respeto.

Mientras que los Padres Berthier, Tiraboschi, Carlos de Neuville, Pedro de Calatayud, Delpuits, Poczobut, Pignatelli, Andres Muzarelli y Beauregard llenaban al mundo con sus obras literarias, con su piedad y con su elocuencia, la emperatriz Maria Teresa daba en 1776 un testimonio público de su benevolencia al P. Delfini. Decia así: Movida por la consideracion de las virtudes tan notorias, de la doctrina, erudicion y vida arreglada y ejemplar de Juan Teóphilo Delfini; atendiendo ademas á sus trabajos apostólicos en Hungría, y en el principado de Transilvania, donde con gran consuelo nuestro ha convertido á la verdadera fe á un excesivo número de anabaptistas: Nos, debemos nombrar, y nombramos, al dicho Teóphilo Delfini, como persona capaz y que ha merecido bien del Estado y de la religion, y por lo tanto, muy considerado por nos, y le conferimos la abadia de Nuestra Señora de Kolos-Monostros."

Lo que el P. Delfini habia hecho en la Hungría y Transilvania, el P. Ignacio Parhamer lo emprendia con igual éxito por el Austria y la Carinthia. Parhamer fué el sabio popular, el hombre de iniciacion cristiana y de perfeccionamiento social. Confesor y amigo del emperador Francisco I, ha hecho buen uso de su crédito en la corte; y como Jesuita, se le ha visto fundar muchos establecimientos útiles. Pero, en un gobierno en que cada ciudadano nace

(1) Sobre el pedestal de esta estatua se leia la inscripcion siguiente: *Pauperum Patrem, agrorum matrem, omnium fratrem, virum doctum et humillimum; in vita, in morte, in feretro suavitate sibi similem. amabat, admirabatur, iugebat Solacium.*

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD DE MADRID

soldado, Parhamer comprendió que el reconocimiento del príncipe debía estenderse á los huérfanos que la guerra dejaba abandonados; y en su pensamiento, este será el mejor medio para conservar la fidelidad del país. Creó efectivamente una casa-hospicio, donde son recogidos los hijos de los que mueren por la patria. En esta especie de cuartel de inválidos para la infancia, introdujo los ejercicios militares, la disciplina y el orden de un campamento. Colmado de favores por la emperatriz María Teresa, el Jesuita, despues de la destrucción de su instituto, como huérfano que á su vez habia quedado, se dedicó exclusivamente al cuidado de los otros huérfanos que habia reunido. José II le propuso para un obispado, y le dió dos meses de término para vencer su repugnancia; en cuyo intervalo Parhamer murió en 1786. En Nápoles vemos al P. Pascual de Matteis, el brazo derecho de S. Alfonso Ligorio, á quien el ministro de Fernando IV tienta con las mas brillantes promesas. Tanucci ha herido de muerte á la Compañía de Jesus; pero no quiere privar á su reino de los servicios de Matteis. El Jesuita resiste á ese deseo; ha hecho voto de vivir toda su vida bajo el estandarte de S. Ignacio, y lo cumplirá hasta el fin de su carrera. En 1779 murió este padre querido y reverenciado de todos. No es solamente la Alemania é Italia las que aclaman con sus respetos á los restos del instituto de Jesus. En Francia encontraron un apologista, hasta en el convencional Grégoire. "Maria Leczinska, reina de Francia, dice éste (1), tenia por confesor un Jesuita polaco, el P. Radominski; el abate Johanet hizo de él un grande elogio. Murió este religioso en 1756, y fué reemplazado por otro Jesuita polaco, el P. Bieganski. Su calidad de extranjero le exponia á ser expulsado de Francia cuando la extincion; pero la reina le hizo quedar. "Mas abajo Grégoire añade: "La delfina, madre de Luis XVI, tuvo tambien por confesor al P. Miguel Kroust, natural de Strasburgo, desde el 1748 hasta 1763. Fué este un eclesiástico piadoso é instruido, y ha dejado publicados en latin varios tratados, entre otros, unas meditaciones para los que algun dia han de pertenecer al santuario."

En el espacio de cuarenta y un años, desde el 1686 a 1727, se encuentran en la necrología de la Compañía, ciento trece Jesuitas que perecieron en el mar, dirigiéndose á las Indias. Cada año contaba sus víctimas; los misioneros, sin embargo, no temieron ni á los padecimientos ni la muerte. En 1760 estaban en su apogeo de grandeza y prosperidad. Los PP. Fauqué, Boutin, Cibot, Dollieres, Amiot, Cœurdoux, Collas, Artaud, Lorenzo de Costa, Poisson, Silverio, de Rocha, Machado, Alejandro de la Charne y de Ventavon, acostumbraban á los trabajos del apostolado á la nueva gene-

(1) *Histoire des Confesseurs des empereurs, etc.*, par Grégoire, pág. 396 y 397.

racion que iba á sucederles. Según los hombres instruidos de la China, ya entre las castas de los parias, ora entre los salvages de la América, Juan de San-Estéban se dedicó de lleno á las misiones. Despues de haber sido agente general del clero de Francia, se hizo Jesuita para morir de aquella muerte que todos los padres envidiaban. Habíaseles visto marchar sin caer jamas en el camino que por si mismos abrian; se les habia calumniado para perderlos; y cuando el breve de supresion condenó á la esterilidad unos esfuerzos tan perseverantes, la hora de la justicia sonó por fin para los Jesuitas. Los obispos del Nuevo-Mundo les tomaron por sus guias, y por compañeros en sus visitas pastorales. Aun hubo mas; los padres de la Compañía inspiraron una equidad concienzuda á los nuevos misioneros que la Santa Sede y la Francia les daban por sucesores. Uno de éstos, cuyas relaciones merecen completa fé, M. Perrin, sacerdote de las misiones extranjeras, se expresa en estos términos (1): "Desafio desde luego, dice, al mas osado detractor de la verdad, á que pruebe que la Compañía de Jesus ha tenido alguna vez que avergonzarse de la conducta y costumbres de cualquiera de sus individuos que cultivaron la mision Malabara, ya sea en Pondichery, ya en el interior de la costa. Todos parecian formados por mano de la virtud misma, que inspiraron tanto con su conducta como con sus predicaciones."

Este rival, que entra en posesion de la herencia conquistada con la sangre y sudores de los hijos de Loyola, no podia ménos de abrigar prevenciones contra ellos. El mismo las confiesa, y proclama al propio tiempo cómo se las dispó el desengaño: "Confieso, continúa (2), que he examinado á los Jesuitas del Indostan con los ojos de la crítica y aun de la malignidad. Desconfiaba de ellos antes de conocerlos; pero su virtud ha vencido y disipado todas mis preocupaciones, y la venda del error se ha caido de mis ojos. He contemplado en ellos á unos hombres que sabian amalgamar los grados mas sublimes de la oracion con la vida mas activa, y una ocupacion incesante; á unos hombres con un desinterés tan perfecto y con una mortificacion que hubiera asombrado á los mas fer-

(1) *Voyage dans l'Indostan*, t. II, pág. 161. M. Perrin nos dice su opinion respecto á la Compañía de Jesus, destruida tres meses antes de su llegada á las Indias: "No debo acusarse de parcialidad cuanto yo diga que pueda redundar en alabanza de estos padres. Jamas he pertenecido á su cuerpo, que ya no existia cuando la Providencia me puso en la dichosa necesidad de guardar relaciones con algunos de sus miembros. Estoy agregado á una asociacion de sacerdotes seculares, que han sostenido largos y animados debates con los padres Jesuitas, y que hubiera podido reputarles como enemigos, si entre cristianos pudiesen mediar esos sentimientos. Pero yo debo en justicia asegurar á unos y á otros que, á pesar de sus debates, siempre han merecido el aprecio y consideracion del mundo católico."

(2) *Voyage dans l'Indostan*, t. II, p. 166.

BIBLIOTECA CENTRAL

UNIVERSIDAD

vientes anacoretas, privarse con el mayor rigor hasta de lo mas necesario, mientras que agotaban sus fuerzas en los duros trabajos del apostolado; sufridos en los reveses, humildes en medio de la consideracion que gozaban y de los buenos resultados que iban viniendo á su ministerio; ardiendo en celo siempre prudente, siempre sabio, y que no se resfriaba jamas. Nunca se les veia mas alegres y satisfechos, que cuando despues de haber empleado dias enteros en predicar, confesar y discutir las cuestiones mas arduas y espinositas, llegaba la noche y la hora de descanso, y venia cualquiera á interrumpir su sueño para hacerles andar una ó dos leguas á asistir á un moribundo. No temo decirlo, eran obreros constantes é infatigables; pero, si con el mayor placer de mi alma les rindo este testimonio, debo decir que aunque no quisiera, tendria que usar este lenguaje, pues de lo contrario, la India entera alzaria contra mi su voz acusándome de impostura.

M. Perrin, que ha examinado de cerca á los Jesuitas, y que los ha estudiado en su vida y en su muerte, es el que refiere todo esto. "El P. Bussion, dice el mismo, tendria sobre cuarenta años cuando le conocí por primera vez, y era tan penitente, que por espacio de un año entero no tuvo mas descanso durante la noche que el estricto que la naturaleza le robaba; y, para que ésta no adquiriese ventajas, se mantenía de pié, recostado contra un muro, pasando en esa postura noches enteras, ó arrodillado en la grada del altar de su iglesia. Su único alimento era pan mojado en agua y algunas yerbas amargas y sin condimento; y á pesar de un género de vida tan austero, este santo misionero trabajaba continuamente, sin tomarse jamas la menor recreacion. El solo gobernaba un colegio, dirigia una cristiandad numerosa, daba todos los dias cierto tiempo al trabajo manual, y ayudaba ademas á todos sus hermanos, cargándose con cuanto hubiese de mas trabajoso y repugnante en el ministerio apostólico. A pesar de estar cubierto de llagas y de úlceras, se mostraba impasible; y siempre dulce, tranquilo y modestamente alegre, atraía á los pecadores con un interes que los convertia para siempre. Dotado de una caridad viva, y á cual mas heróica, expiaba consigo mismo los crímenes de los demas, á fin de no envanecer su debilidad. Digna copia del mas perfecto modelo, fué obediente hasta la muerte. Se encontraba en Oulgaret, aldea indiana, distante una legua de Pondichery, cuando cayó malo de gravedad. Tuvo el mayor cuidado en prohibir á sus discípulos que avisasen á sus hermanos del estado en que se encontraba, por temor de que le procurasen alivios y consuelos incompatibles con su espíritu de penitencia. Se hallaba tendido sobre el suelo, en un corredor abierto, abandonado de todo el mundo, y sin mas alivio que unas gotas del agua que junto á sí tenia para templar su fiebre.

A pesar de la prohibicion, los discípulos del colegio, alarmados

al ver su estado, no la respetaron, y dieron parte de todo al obispo, superior de la mision, que mandó en el momento su palanquin para trasladar al enfermo á la ciudad. Lo mismo fué oír este virtuoso sacerdote la orden superior que le mandaba ir á Pondichery, reunió las pocas fuerzas que aun le quedaban para sacrificarlas á la obediencia; pero, lleno de horror hasta el último momento hacia cuanto pudiera dulcificar la amargura de sus padecimientos, quiso hacer el viage á pié. En cuanto llegó, se fué á felicitar al obispo con el mismo aire de edificacion que habia tenido toda su vida. Al verle el prelado, se llenó de terror al reparar la palidez mortal que cubria su rostro, y le dijo, que se acostase inmediatamente para recibir los últimos socorros espirituales de la Iglesia. Acó continuo le fueron administrados; y apenas acabó de recibir la Extrema-Uncion, se levantó del lecho, y se fué á espirar á los pies de un Crucifijo.

"Se halló sobre su cuerpo un crudo silicio, que no se habia quitado de encima durante los quince años que el padre habia estado en la India, y ademas supimos por sus discípulos otras muchas particularidades edificantes, que nos persuadieron de que no habiamos conocido mas que la mitad de sus virtudes (1)."

No fué solamente el P. Bussion, segun el testimonio de este escritor, el único veterano del sacerdocio y de la Compañia de Jesus, digno de los elogios de la historia y de la religion.

"El padre Ansaldo, natural de Sicilia, dice M. Perrin (2), fué tambien otro modelo de todas las virtudes cristianas y apostólicas. Fué este un hombre de genio profundo, dotado de una alma sublime y de una cabeza perfectamente organizada. Contento con obrar el bien, abandonaba con gusto la gloria á los demas. . . . Su trabajo equivalia al que hubieran podido hacer otros seis misioneros. Todos los dias confesaba desde las cinco de la mañana hasta las diez. Dirigia una comunidad de carmelitas del pais. Estableció muchas fábricas de hilados de algodón, en las que una juventud numerosa trabajaba bajo la direccion de excelentes maestros. El padre Ansaldo enseñaba el catecismo en estos establecimientos, arreglaba su policia interior, y proveia á todas sus necesidades. A mas de eso era el encargado de la administracion de Sacramentos de mas de la mitad de la ciudad de Pondichery; y los pocos instantes libres que le quedaban, los empleaba en componer y estudiar las ciencias sublimes ó en dar lecciones, aprender nuevos idiomas, ó formar algun nuevo proyecto piadoso."

La destraccion de su Sociedad no los corrigió en nada. Los Jesuitas estaban en el Indostan, como se les encontraba por todas

(1) Voyage dans l'Indostan, p. 173.

(2) Ibidem, p. 177.

BIBLIOTECA CENTRAL
 V. I. N. I.
 4. 1. 1. 1. 1.